

GERMÁN BLEIBERG, POETA-PROFESOR*

Observaba el gran novelista norteamericano, Henry James, tras la muerte de un amigo, que en la figura desaparecida se acusaban, de pronto, nítidamente, sus rasgos más singulares, y que, al desvanecerse sombras y matices accesorios, aquella figura se cifraba más en unos pocos gestos y actos, que en lo que el novelista llamaba "un enjambre de posibilidades". El querido amigo cuyo recuerdo nos ha congregado, aquí, en este atardecer madrileño, fue —en su vida madura— un enjambre de posibilidades: porque tenía conocimientos y capacidades muy superiores a las de la generalidad de los españoles de su generación. Y, así, algunas de esas posibilidades se hicieron realidades, tangibles y perennes, en los volúmenes colectivos, que dirigió, dedicados a la historia y literatura de España. Pero, al recordarle ahora, destacan, como decía Henry James, unos pocos gestos y unos determinados actos, que perfilan su singular persona y voz de poeta español —añadamos, muy español, no obstante su apellido germánico. Mi propósito, ahora, con estas breves páginas que les leo y le dedico, aspira a apuntar, someramente, los rasgos de Germán que corresponden a lo señalado por Henry James.

"Garcilaso llevaba dentro de su alma una desierta soledad que le define para las letras y para la historia": estas palabras de Bleiberg procedentes de su *Diccionario de literatura española* (1949) —se pueden considerar, hoy, como una imagen fiel de nuestro amigo. O para expresarlo con palabras de otro amigo, desaparecido hace muy pocos días, José María Ferrater Mora:

* *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (Madrid), número 11 (1991), pp. 89-92.

"Germán Bleiberg no nos cuenta sus cuitas. No nos envía ningún mensaje. Se limita a confiarnos su soledad..."

Toda soledad es —con contadas excepciones— generadora de un sentimiento de melancolía: y melancólico (en cuanto poeta y en cuanto persona) lo era —y en grado sumo— Germán Bleiberg. Es más, me parece que no sería arbitrario ver, en él, al poeta más melancólico de su generación. ¿Y cómo explicar, tal melancolía, en una persona tan Nena del aludido "enjambre de posibilidades"? Porque recalquemoslo, Germán Bleiberg tenía, además, un temple anímico que podríamos calificar de *gestor ejecutivo*: lo cual se contradice, evidentemente, con toda melancolía. Esta, por supuesto, tiene, forzosamente, una raíz íntima, personalísima. Pero, someto a la consideración de ustedes que existe, también, la que podríamos llamar *melancolía colectiva*: todos recordamos, ahora, por ejemplo, la que Larra llamaba "melancolía del liberal español", para él, muy específica de su tiempo y patria. Pues bien, la melancolía de Germán Bleiberg era también de un preciso origen histórico, como la del romántico liberal Larra. Melancolía, la de Germán, también muy marcadamente española.

Y con una causa muy visible. Sé que aquí, en esta casa, y ante muchos de ustedes, no sonará a exageración decir que los cinco años republicanos 1931-1936 —los de la primera juventud de Germán— constituyen, hoy, como un oasis inolvidable de la cultura española de este siglo, la arboleda perdida de Rafael Alberti. Recordemos que por haber nacido, aquí, en este Madrid tan suyo, en 1915, Germán Bleiberg ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras madrileña, ya en tiempos republicanos. Su iniciación universitaria no pudo ser, así, más afortunada: como la de todos los alumnos de aquella legendaria Facultad, llena de *textos vivos*, empleando estas palabras, contrariamente a su uso

original maligno, en la España de la Restauración. Y, sobre todo, en aquella Facultad encontró Germán Bleiberg la que podría llamarse *anomalía española*: me refiero a la presencia allí de los llamados *poetas-profesores*. Dos de ellos —Pedro Salinas y Dámaso Alonso— tendrían una particular importancia en la persona y en la poesía de Germán. Recordemos, de paso, que al dedicarle en 1952 el Colegio "Estudio" un homenaje a Salinas, tras su muerte (en el Teatro "María Guerrero") fue Dámaso Alonso quien leyó la elegía escrita por Bleiberg, ausente de España entonces. Hagamos, ahora, un breve inciso para aclarar la referencia anterior a los *poetas-profesores* como *anomalía española*.

En 1936, pocos meses antes del seísmo bélico de julio, algunos poetas y críticos españoles se enfrentaron en la prensa madrileña, en una polémica que, como tantas otras batallas entre gente de pluma, fue rápidamente olvidada: y más aún, por supuesto, en este caso, dado lo que sobrevino pronto; sobre la tierra de España. Mas aquella contienda verbal dejó una designación literaria —la de *poeta-profesor*— que ha sido empleada, desde entonces, por variados comentaristas e historiadores de la literatura española contemporánea. Aquella designación respondió, sin embargo, a una intención obviamente detractora. Porque el probable (aunque relativamente clandestino) acuñador de la designación de *poeta-profesor* era el gran poeta —¡y gran ingenio maligno!— Juan Ramón Jiménez, que quería mostrar que los poetas, del llamado grupo de 1927, que eran profesores no eran poetas genuinos. Esto es, los secuaces periodísticos de Juan Ramón Jiménez, querían mostrar que los tales *poetas-profesores*, eran más bien *poetas-voluntarios*, poetas por propia decisión, en vez de serlo por la gracia del destino y el privilegio del nacimiento. Aunque aquella designación de *poeta-profesor* apuntaba sobre todo a indicar que los poetas aludidos del grupo de 1927 eran poetas cerebrales, poetas fríamente universitarios. Y claro está, la poesía es *cosa*

cordial, como había dicho Machado, cosa del corazón y no de la cabeza. Además, los secuaces de Juan Ramón Jiménez querían también aludir al carácter ajeno a la tradición lírica española de los *poetas-profesores*.

De esta polémica tratamos, en muchas ocasiones, Germán Bleiberg y el que les habla, animándome mi querido amigo —como solía hacerlo frecuentemente— a que hiciera un libro, grande o pequeño, sobre la que me atrevía a llamar mi *tesis*, o sea las razones de la presencia, casi continua, desde el siglo XVI, de los *poetas-profesores* en la Universidad y en la lírica de España. No voy a hacer ahora, ni siquiera sumariamente, la historia de dicho linaje lírico: lo que sí conviene observar es que los *poetas-profesores* —Fray Luis de León, Meléndez Valdés, Unamuno, por sólo citar tres profesores de Salamanca— han sido siempre personas muy profundamente representativas de sus respectivos mundos históricos: en suma, que no han sido, nunca, *poetas enclaustrados* en sus torres de simbólico marfil universitario. Debo añadir, también, que las épocas de mayor auge de los *poetas-profesores* en España han correspondido a fases de universalización de la cultura española. Veamos, ahora, en qué grado, el *poeta-profesor* Germán Bleiberg, lo fue en una modalidad muy suya, dentro de una tradición lírica española tan rica de voces singulares.

Volvamos a Pedro Salinas y a Dámaso Alonso, dos paradigmas indudables para Germán, en tanto que *poetas* y *profesores* universitarios. En una de *esas invenciones* a que era tan aficionado otro *poeta-profesor* español (también residente en los Estados Unidos), Jaime Ferrán, se celebró, con un simposio bastante divertido, el veinticinco aniversario de la publicación de *Hijos de la Ira*, aprovechando la estancia de Dámaso Alonso en una universidad norteamericana. Y hablando con Germán sobre el posible tema de mi ponencia se le ocurrió que esbozara lo que habíamos debatido a propósito de los *poetas-profesores*: en qué medida eran, éstos, personas líricas con dos caras opuestas, con dos máscaras contrarias. Y

así lo hice, resaltando el tajante contraste entre el poeta autor de *Los Hijos de la Ira* y el filólogo estudioso, analíticamente, de la poesía de San Juan de la Cruz. No sé si acerté a dar en el clavo de la dualidad, que podríamos llamar *jánica*, de Dámaso Alonso, pero, de todos modos, esa conversación con Germán, nos llevó a considerar el caso de Pedro Salinas, en quien el contraste entre la voz tan subjetivamente lírica y la persona del gran administrador —por no decir, "empresario"— universitario, era tan notoria. Sentí, una vez más, que Germán Bleiberg, era un alma lírica profundamente afín a la de Salinas: y había en él un manifiesto pudor — casi un temor— a acceder al que podríamos llamar secreto de Salinas, como si fuera, el hacerlo, una violación que rompiera para siempre la entraña misma de su voz lírica,

"Sumamente recatado", decía de Germán, de la personalidad literaria suya, nuestro llorado amigo José María Ferrater. Y, ahí está, creo, la singular relación de Germán Bleiberg, con la palabra poética... y añadiré con su enorme, inmenso dolor español. Porque, en Germán, el desconsuelo por la pérdida de *su* España —de aquel oasis de la España de 1931-1936— era inconsolable. Y, en esto, desde luego, su dolor era compartido por todos los españoles —hombres y mujeres— de su generación: la generación, sin posible duda, más sacrificada de la mayor catástrofe acaecida en esta sufrida tierra de España. La más sacrificada, no sólo porque fue, seguramente, la más diezmada por la atroz contienda: sino, sobre todo, la más sacrificada porque había vivido en el oasis aludido, había *sido el oasis*. Una generación perdida, sí, por eso mismo, porque había perdido una posible continuidad de vida compartida por muchos españoles llenos de un enjambre de futuros. Todo lo cual no puede separarse de un hecho biográfico esencial para poder escuchar, adecuadamente, la voz" lírica de Germán Bleiberg: su experiencia de

prisionero de guerra, tras la terrible, inimaginable, destrucción del gran sueño de la Segunda República.

Recordemos que al caer sobre España el tajo divisorio del verano de 1936 (año del cuarto centenario de la muerte de Garcilaso), Germán Bleiberg tomó, como aquel poeta, la espada, sin abandonar la pluma. Se incorporó al ejército leal con el grado de teniente y participó en la defensa de la zona norte del territorio republicano, hasta la caída de Asturias, cuando pudo trasladarse a Barcelona. Allí, en la revista *Hora de España* (marzo, 1938) publicó sus "Páginas de un diario", sobre episodios de la campaña militar en la zona cantábrica. Fue, entonces, justamente, cuando leí a Germán Bleiberg, por vez primera: no puedo decir que reconocí su nombre como una voz nueva, claro está. Pero sí puedo recordar cómo aquel muchacho de bachillerato —que cursaba en Barcelona el sexto año del programa instituido por don Fernando de los Ríos— leía todas, absolutamente todas las páginas de *Hora de España*, que compraba cada mes desde su aparición en Valencia, en 1937. Recordemos también que Germán Bleiberg compartió con Miguel Hernández el Premio Nacional de Literatura, en 1938. Luego vinieron, como para tantos y tantos miles de españoles, los años de prisionero de guerra —que *no presos*, como se suele decir: cuatro años, 1939-1943, en Madrid y en el norte. Mas la Guerra Mundial terminó sin devolver a España la paz de la libertad por la que tantos españoles dieron su vida en tantos frentes de batalla: y en 1961, Germán Bleiberg se trasladó a los Estados Unidos, siguiendo así muchos años después, a algunos de sus profesores (y admirados poetas) de Madrid, como Pedro Salinas, sobre todo.

Y fue así que, propiamente, empezó Germán Bleiberg su vida de poeta-profesor español. También fue, entonces, cuando empezó nuestra amistad. Que se afirmó —siempre me es grato el recordarlo— en un lugar

aparentemente inverosímil, Nashville, Tennessee: donde se encuentra la universidad norteamericana de Vanderbilt, la de mayor prestigio de esa zona. Era 1964, el año del centenario de Unamuno, y allí, en Nashville, organizó Germán Bleiberg la primera celebración —y quizá la mejor del nacimiento del español más preclaro de la España moderna. Y gran novedad, para muchos de nosotros, tanto los más jóvenes como los mayores de la emigración republicana: convivíamos *allí* todas las Españas, y todos salíamos fortalecidos de esa convivencia. Debo añadir que ese género de, verdaderamente ejemplar, simposio universitario —como otros que siguieron también organizados por Bleiberg— fue posible porque Germán consiguió situar los estudios hispánicos en un lugar central, por así decir, de la universidad en que a la sazón profesara. Y ahí está el otro aspecto, a que antes se ha hecho referencia de la personalidad universitaria de German Bleiberg, su carácter ejecutivo, su capacidad organizadora, incluso en un país nuevo, y tan complejo como los Estados Unidos.

Mas Germán Bleiberg fue, esencialmente, y para siempre —mientras dure este planeta y siga existiendo la cultura de lengua española —un poeta, en primer y substancial modo de ser. Esa voz lírica —como la de todo poeta genuino— trasciende su tiempo individual, pero quedará en la historia de la cultura española, como el dolorido sentir de una generación excepcionalmente afortunada en su iniciación universitaria y sombríamente sacrificada en la mayor tragedia padecida por esta tierra de España en los diez siglos de su historia.